

RELIGIOSO,
PERO **PERDIDO**



A principios de 2024 asistí a una serie de predicaciones diarias del Evangelio. Una noche, al final de la reunión, me preguntaron: ¿Cuándo fuiste salvo? Me di cuenta de que no era capaz de responder esta sencilla, pero tan importante, pregunta. Yo podía responder cualquier otra pregunta: Cuándo empecé a asistir a la iglesia, cuándo me bautizaron, o cuándo empecé mi grupo pequeño. Era capaz de mencionar muchas fechas, pero no era capaz de contestar esa pregunta. Lo peor es que, no sólo no era capaz de responder, sino que me molestaba que me la hicieran.

Por un tiempo, aproximadamente un año, creí haber cambiado de dirección. Pensaba que era una nueva criatura, me sentía bien conmigo mismo, era parte de una congregación, servía en un ministerio, me inscribía en grupos pequeños, y participaba en todo lo que tenía que ver con la congregación. Para mí era un camino bueno.

Seguí asistiendo y escuchando el Evangelio cada noche, y una noche predicaron sobre la deficiencia de Nicodemo. Fui realmente confrontado y salí de la predicación molesto conmigo mismo. La Palabra de Dios fue tan directa para exponer mi condición que salí frustra-

do. Me llevé una gran decepción. Como dice la Biblia: “Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14.12). ¡Ese era mi verdadero destino!

El 25 de enero de 2024 me di cuenta de que todo verdadero creyente tiene esa certeza y esa convicción de su nuevo nacimiento, y yo no la tenía. Es algo que Dios dejó escrito en su Palabra; es el acontecimiento más importante para un creyente, algo imposible de olvidar. ¿Cómo olvidar el día en que uno pasó de las tinieblas a la luz?

Ese día entendí que no hay nada que yo pueda hacer para recibir ese regalo. El hacer las cosas “bien” tampoco me da ese regalo. Me di cuenta de la condición en la que fui concebido: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51.5), y que “todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Romanos 3.12).

Pero también me di cuenta de que Dios me ama, no por lo que soy, sino a pesar de lo que soy. Él decidió amarme en su misericordia y gracia, y me ofrece ese regalo para mi eternidad, por medio de Jesús. “Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie

viene al Padre, sino por mí” (Juan 14.6).
Agradezco y descanso en la promesa
que me da.

Sé que en algún momento atravesaré
la muerte o el Señor me arrebatará de
este mundo. No sé cuándo sucederá,
pero estoy seguro de que cualquiera
que sea la forma, en un instante estaré
por fin en la presencia de mi Padre.

Ahora le hago la misma pregunta a us-
ted: ¿Cuándo fue salvo?



Iván Valencia



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com